

cadores, sin distinción de amigos y enemigos. En ese corazón del santo abrasado en puras llamas celestiales, no se conoce el odio, ni el desprecio, ni el egoísmo indiferente y frío que reina por ley general en el corazón de los hijos de Adán. ¡Nobilísimo corazón el del hombre que, desnudo de los harapos del viejo, se ha engalanado con el ropaje del Adán nuevo y regenerado¹. No nos detendremos á contemplar otra rica preseña que le adorna, cual es la verdadera fortaleza evangélica. Su heroísmo (porque héroes son todos los santos) en lucha con las pasiones propias y las miserias ajenas, su serenidad en las horas de la borrasca, su constancia en el bien obrar, su paciencia en el sufrir, y tantas otras virtudes á primera vista descubren un carácter templado en la fragua de los apóstoles y de los mártires.

9. Mas no fué solamente el resplandor del rostro de Jesús transfigurado lo que dejó atónitos á los venturosos testigos del fenómeno sobrenatural; fué también la blancura de sus vestidos más resplandecientes que la nieve, tal como no se ha visto sobre la tierra². Ni es tan sólo en el interior del santo donde se refleja la luz de la transfiguración gloriosa, sino también en el exterior que parece á la vista de los hombres. *Vestimenta eius facta sunt alba sicut nix*. Por eso encanta su modestia, arrebató los ojos y el corazón su compostura, se le admira al pasar por dondequiera haciendo el bien, como río que, saliendo de madre, lleva la feracidad á los campos más distantes. *¿Quién es capaz de ocultar el fuego que lleva en su regazo, y hacer que no prenda en sus vestidos?*³ El santo se revela en sus acciones, por

¹ Col. 3, 10.² Marc. 9, 2.³ Prov. 6, 27.

más que trate de ocultarse. Ni es necesario que Dios, ensalzador de los humildes, tome á su cargo esta revelación, ya sea cercándole de insólita claridad, ya manifestándole á la multitud por la boca de un infante, ya valiéndose de cualquier otro arbitrio milagroso, pues el santo lleva en el rostro, como suelen llevar todas las obras en el frontispicio, el nombre que posee, y los títulos que le recomiendan.

10. No dejaré de haceros observar tres circunstancias que realzan extraordinariamente el brillo de la santidad. Sea la primera su contraste con la natural vileza y depravación hereditaria del hombre. ¡Qué cosa más detestable, hermanos carísimos, que el hombre de la naturaleza, el hombre del instinto! ¿Hay algo más ruin y abominable que nosotros mismos? Quien así no lo cree, bien claro dice que no ha penetrado dentro de sí mismo. Mirad en derredor del santo, ¡qué de miserias, qué de abominaciones, qué de pequeñeces y degradación moral!

Así también en derredor de Jesucristo transfigurado no había sino sombras, nubes y la vasta soledad del desierto. Y esta claridad espiritual no sólo lleva en sí misma el sello de lo sobrenatural haciendo al hombre superior á la flaqueza propia, sino también muchas veces en el modo de aparecer súbita é instantáneamente, deja ver el carácter privativo de la acción de Dios. ¿No fué de súbito é improviso como se transfiguró Jesús en el Tabor? ¿No circundó súbitamente á Saulo la luz del cielo que lo trocó en el gran Pablo¹? De la misma suerte la santidad, si no en toda su plenitud, á lo menos en su esencia, aparece en el alma tan pronto como la

¹ Act. 9, 3.

inunda el torrente de la gracia santificante. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, puede el pecador más inmundo, tornarse puro y cándido como la nieve¹. Y ¿qué hombre, de cualquier estado, edad y condición que sea, no es capaz de participar de esta divina claridad, que por doquiera se difunde? Como «no hay quien se esconda de la luz solar»², así tampoco hay criatura inteligente que no disfrute, si quiere, de la luz de Cristo, y no pueda transfigurarse á semejanza de Él y por la virtud de su gracia. Moisés y Elías y los tres apóstoles ¿no son bastante para representar la universalidad del género humano? Todo individuo de la comunión cristiana, todo hijo de la Iglesia católica (y sólo él) está, pues, en aptitud inmediata de ser santo, porque la santidad no es más que la práctica del evangelio, ó sea la perfecta imitación de Jesucristo.

II.

II. Como quiera que el cristianismo no sea otra cosa que la sociedad regenerada por la ley de Jesucristo, la santidad tiene que estar también en los vínculos que ligán mutuamente á todos los hombres. Reflejo de la claridad de Jesús transfigurado, refléjase á su vez en cuantos la rodean, resultando de aquí nuevos títulos que la enaltecen sobre toda otra humana grandeza. Sea el primero el universal tributo de admiración y amor que de todas partes se le ofrenda. ¿En qué situación de la vida, por triste y abatida que sea, no llama la atención el santo? ¿en qué estado social, por más humilde y ordinario, no se hace respetar, admirar y bendecir secretamente, aun de los que afectan mirarle con indiferencia

¹ Super nivem dealbabor (Ps. 50, 9).

² Ps. 18, 7.

ó desprecio? Es demasiado poderoso el ascendiente de una virtud superior para que no arranque, cuando no el aplauso público, la secreta admiración. Así un modesto padre de familia, una madre verdaderamente virtuosa, una pobre obrera de virtud acrisolada, un industrial de notoria probidad, y más todavía, por estar en posición más visible, un superior santo, un sacerdote celoso, un magistrado integérrimo, un hombre cualquiera en el círculo de sus relaciones, como brille en su conducta el carácter de la santidad cristiana, lo que todavía no es raro por fortuna, arrastrarán en pos de sí, no ya la fría estimación, sino el afecto más ardiente y entusiasta, hasta el punto de tenerse por felices las personas que lograron su contacto. Después . . . su memoria flotará sobre las volubles olas de los acontecimientos humanos, viva y floreciente, sin que llegue á hundirse jamás en el fondo del olvido: *In memoria aeterna erit iustus*¹. «No temerá que se mancille su reputación con la maledicencia.»² «Su justicia permanece inalterable por los siglos: cada día irá dilatándose su gloria.»³ «Entre tanto el pecador se consumirá de cólera y envidia, y verá desvanecerse sus frágiles deseos y ambiciosos planes.»⁴ ¿Qué gloria puede compararse con la aureola de honor que rodea á la santidad? La humanidad, movida por misterioso resorte, vuelve los ojos é inclina el corazón hacia el santo. Prueba de ello, no ya la historia antigua, sino la contemporánea de la Iglesia y del mundo. En nuestros mismos días ¿no lo hemos visto, no lo estamos palpando en hechos y personas que andan en boca de todos? Desengañémonos, cristianos: la maldad, el vicio, aunque puedan triunfar momentáneamente en algunas

¹ Ps. 111, 7.

² Ibid.

³ Ibid. vers. 8.

⁴ Ibid. vers. 10.

esferas, no alcanzarán jamás un triunfo semejante al de la santidad. ¿Qué digo, el vicio? Ni la ciencia, ni el genio, ni el valor, ni el poderío, por más brillantes que parezcan, pasan de ser glorias efímeras, nubes de incienso que el viento de pocos años disipa con su soplo. Sólo la santidad edifica monumentos de gloria perdurable. *Bonum est nos hic esse!*¹ ¡Qué bueno es para el hombre hacerse santo! ¡Cuán amables son, Señor, tus tabernáculos!²

12. Hay más todavía, y es el influjo saludable que la santidad ejerce, difundiendo luz y calor espiritual entre los hombres oscurecidos por la ignorancia y las preocupaciones, y resfriados por el hálito del vicio. Los santos, siendo los mejores de los hombres, no pueden menos de mejorar á cuantos tocan; porque, si el mal es contagioso, ¿por qué no ha de ser comunicativo el bien, siendo ésa cabalmente su naturaleza?³ ¡Bendita sea aquella sabia y bienhechora Providencia que opone el ejemplo de los santos al escándalo desmoralizador de los perversos! Y ¿no nos estrecha á todos el deber de edificar con nuestras buenas obras á nuestros semejantes? Desgraciadamente el escándalo va preponderando cada día en el seno de la sociedad, á medida que disminuye el buen olor de la edificación. Mas ¿por qué edifica la santidad? ¿por qué ilumina y robustece con sólo su presencia? Es porque ella, mejor que el espectáculo del cielo y de la tierra, mejor que cualquiera otra fuerza, levanta los humanos corazones hasta Dios, y los obliga suavemente á conocerle, adorarle y alabarle. «¡Alabad al Señor en sus santos! ¡alabadle en sus vir-

¹ Matth. 17, 4.

² Ps. 83, 2.

³ Bonum est diffusivum sui (Aphor. Philosoph.).

tudes, fundadas en la virtud de Dios!»¹ La mejor alabanza del Señor es la que resuena en la Iglesia de los santos.² ¿Pudieron acaso dudar de la divinidad de su Maestro los tres afortunados Apóstoles testigos de la gloria de su transfiguración? Imposible, como lo testimonia San Pedro en su segunda carta.³ Y es así que la santidad acreditada por la voz del Padre celestial es el más brillante testimonio de la grandeza de Dios, como veréis brevisísimamente en la tercera parte.

III.

13. Todo hijo es el espejo animado de su padre. Por eso su conducta es la que arroja lampo de gloria ó negro borrón sobre la frente del autor de su ser. ¿Quién, pues, glorificará á Dios mejor que el hijo adoptivo que, fiel á la gracia de adopción, obtiene miradas de complacencia de su Padre celestial? Pues tal es el santo, á quien, en la debida proporción, cuadran las palabras que completan la escena del Tabor: *Oyóse una voz que, saliendo del seno de la nube resplandeciente, decía: Éste es mi Hijo muy amado en quien me he complacido, á él debéis oír*⁴. En efecto, si todos los hombres son llamados á la adopción de hijos de Dios⁵, porque hasta esa altura nos ha elevado la bondad del Padre celestial, según dice el Apóstol San Juan; los santos son de hecho y de derecho⁶ los hijos predilectos, los hijos muy amados; porque en ellos resplandece la semejanza del Hijo consubstancial de Dios. Los santos son los que honran sobre la tierra esta divina filiación, entre tanto que los pecadores, y mucho

¹ Ps. 150, 1. 2.

² Ps. 149, 1.

³ 2 Petr. 1, 16.

⁴ Matth. 1. c. supra.

⁵ 1 Io. 3, 1.

⁶ Rom. 8, 17.

más los que llevan estampado el carácter del bautismo, la deshonran y afrentan, como se deja ver por esta amarga y justísima reconvención de Dios: *Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está el honor que me debéis?*¹ Y en vano los protervos judíos alegaban los favores especiales recibidos del Señor en prueba de predilección paternal, pues el Hijo unigénito de Dios, indignado por su iniquidad y perfidia, los rechaza de sí, les niega el derecho de fraternidad, y los declara terminantemente «hijos del demonio»², extendiendo esta vil genealogía á todos los obradores de pecado: *El que peca procede del demonio, porque éste es el primero de los pecadores y padre de todos ellos*³. Bien al contrario de los santos, verdaderos hijos del Dios tres veces santo, porque, como escribe el Evangelista San Juan: *El que ha nacido de Dios no comete pecado; porque, mientras lleve dentro de sí el germen divino, no puede pecar, porque es hijo de Dios*⁴. Y éste es, en definitiva, el sello que distingue á los hijos de Dios de los hijos del demonio, la justicia en el obrar, la santidad⁵. Tenemos pues, hermanos míos, al hombre elevado por la santidad hasta el más alto punto de grandeza moral que imaginarse puede, hasta la real y bienaventurada filiación de Dios, por virtud de la cual puede llamar á Dios *Abba: Pater*. Padre á boca llena⁶, como Jesucristo, cuya persona representa al vivo. ¡Oh inefable excelencia de la santidad cristiana! Ni la riqueza, ni la más encumbrada posición del mundo, ni el saber, ni la gloria, pueden remontarse á tanta altura.

14. De aquí resulta, cristianos oyentes, y digámoslo para concluir, que nada, entre todo lo que se llama

¹ Mal. 1, 6.² Io. 8, 44.³ 1 Io. 3, 8.⁴ Ibid. vers. 9.⁵ Ibid. vers. 10.⁶ Rom. 8, 15.

bienestar y felicidad, sabríamos estimar ni codiciar tan de veras como la santidad, si tuviéramos ojos para conocer su valía inestimable. ¡Ah! y ¡cuán necio debe parecernos el mundo, el mundo fatuo que pretende ser tan ilustrado y tan prudente, y tiene tan poca cuenta con la santidad!

Si alguna vez se ve obligado á admirarla y aplaudirla, muy lejos está, no obstante, de imitarla, ni aun la aplaude sin pérfidas reservas, desfigurándola muchas veces, no atreviéndose nunca á mirarla de frente, ni siquiera en el mismo ideal y prototipo de la santidad, Jesucristo. «El mundo no conoce á los santos, dice San Juan, por lo mismo que no conoce á Dios.»¹ Aspiremos seriamente y trabajemos por transfigurarnos en Cristo, mediante la penitencia interior y la oración, que son, como sabéis, los ejercicios propios del santo tiempo en que nos encontramos. Fué en el éxtasis de su oración donde apareció Jesucristo transfigurado sensiblemente en Rey de la Gloria: orando, mortificando la carne, santificándonos en la verdad apareceremos también nosotros endiosados, para más tarde gozar de lleno en la revelación de la gloria de Nuestro Señor². Así sea.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

La transformación moral del hombre realizada en el Sacramento de la Penitencia.

Et cum eiecisset dæmonium, locutus est mutus.
Y así que hubo echado al demonio, habló el mudo.

LUC. II, 14.

1. Hemos admirado, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, la maravillosa transfiguración del hombre por

¹ 1 Io. 3, 1.² 1 Petr. 4, 13.